

Músicas negras

Edición y prólogo de Ernesto Mallo

Marçal Aquino
Juan Aparicio Belmonte
John Connolly
Ignacio del Valle
Liliana Escliar
Wendy Guerra
Ernesto Mallo
Alfonso Mateo-Sagasta
Élmer Mendoza
Vanessa Montfort
Mercedes Rosende

 Siruela

Nuevos Tiempos Policiaca

Índice

<i>Prólogo. Letra y música</i>	9
ERNESTO MALLO	

Músicas negras

MARÇAL AQUINO	15
Batuque	
JUAN APARICIO BELMONTE	41
Pop policial	
JOHN CONNOLLY	41
Nocturno	
IGNACIO DEL VALLE	75
Solo los corazones más puros se vuelven asesinos	
LILIANA ESCLIAR	87
La dama desaparece	

WENDY GUERRA A paso de conga	121
ERNESTO MALLO Cerezo rosa	145
ALFONSO MATEO-SAGASTA Otro milagro de la primavera	161
ÉLMER MENDOZA El secuestro de Fogerty	183
VANESSA MONTFORT Sinfonía china	209
MERCEDES ROSENDE Blues para robar un libro	235

Letra y música

Una noche, cuando ambos aún vivíamos en Buenos Aires, mi amigo el músico y compositor Bob Telson me contó que su padre no se sentía muy cómodo con la profesión que había elegido de joven. Argumentaba que la música es efímera; sí, la tocas, te gusta, te deleita incluso, pero apenas dejas de sonar, se va, no está más, desaparece; ¿qué te queda?: nada. «La música es humo», decía. El hombre había hecho fortuna en el negocio de la madera y la carpintería, y, como es de esperar, le gustaban las cosas concretas, sólidas, palpables, cosas que pudieran atesorarse. Algunos años más tarde Bob compuso el tema central de la película *Bagdad Café*, dirigida por Percy Adlon. *Calling you* («Llamándote») es el sublime llamado herido de la amante distante que desea alcanzar a su amor a través del desierto y la soledad. El film fue un éxito internacional. Una película mágica, que nos habla de encontrar nuestro lugar en el mundo, de comenzar de cero, de dejarnos llevar por nuestro instinto y no dejar escapar las oportunidades que nos brinda la vida. El tema central, interpretado por Jevetta Steele, dio la vuelta al mundo, fue recogido por la publicidad, las radios no se cansaron de emitirlo ni los cantantes de interpretarlo.

Eso le reportó a mi amigo algo más que humo. Pero en una cosa tenía razón Telson padre: la música es la más efímera de las artes. Por contraste, la literatura es quizá la más perdurable de las artes. De hecho, cuando los grandes imperios y civilizaciones no son más que ruinas, aún nos llegan, intactas, las palabras escritas por Homero, Sófocles o Herodoto hace miles de años. O las obras de Shakespeare, con sus modestos quinientos años.

Convocamos a diez autores españoles y americanos, más un irlandés, que sienten esa conexión eléctrica con la música, a quienes se les propuso que escribieran un texto, de algún modo relacionado con la música, con un tema en particular, con un ritmo, con una melodía. El resultado es este conjunto de cuentos excelentes a los que me honra acompañar con uno propio.

Un libro es también un viaje. Este volumen nos lleva de paseo por un barrio del suburbio de São Paulo, Brasil; a la turbia y delictiva Sinaloa, en México, donde el crimen es ciudadano naturalizado; a Shanghái, a la Nueva York de los cincuenta, a Madrid y a la Irlanda rural; a La Habana y Santiago, en Cuba, y a Montevideo, Uruguay. Cada uno con su cadencia, con su aroma y su sabor particulares, y todo ello sin abandonar su sillón preferido.

Los melómanos podrán encontrar los temas mencionados por los escritores con facilidad gracias a las virtudes del mundo virtual. Tal vez no sea mala idea leer los cuentos con sus músicas negras de fondo.

Y también tenemos un juego para proponer. Hemos seleccionado unas frases de cada cuento y las anotamos unas debajo de otras componiendo así un extraño poema que tiene mucho de cadáver exquisito. El desafío es encontrar las frases en el cuento al que pertenecen. ¿El premio? Dos placeres por el precio de uno: el de la mú-

sica y el de la lectura. Si algún músico lee este libro, no estaría mal que le pusiera música a este poema colectivo.
Aquí van las frases:

*Somos sigilosos, somos taimados, avanzamos de
lado.*

Como cangrejos.

Como aliados.

*Cuando me toca siento que un río helado me pasa
por el cuerpo
y como una navaja va limpiando la peste que hay
en este lugar.*

*Buena chica,
será una lástima tener que matarla cuando esto
termine.*

*Todo estaba como lo habían dejado el día anterior.
Solo faltaba ella.*

¿Qué clase de policías son ustedes?

Unos que tienen pacto con el diablo.

*Usted baila con su compañera de falsa melena ru-
bia a lo Jane Mansfield,
que tampoco era rubia,
porque las rubias auténticas son desabridas,
pero cuando una morena se hace rubia,
pasa lo que le está pasando a usted mientras baila
con ella.*

No sé lo que buscaba allí dentro.

Quizá un sonido reconocible.

Algo que calmara ese horror vacui.

Se turbó cuando ella,

*acomodándose en el banquito,
descruzó las piernas y por un breve instante,
que no tendría que haber sido tan breve,*

*ofreció la información de que no era adepta al uso
de bragas.*

*La soledad avivó la nostalgia
y empezó a echar de menos el aliento cálido de la
selva,*

*la lluvia limpia, lenta y constante
y el olor a madera fermentada.*

Sabido es que los escritores suelen ser muy afectos a la música. Nietzsche dijo que sin la música la vida sería un error. Victor Hugo sostenía que la música expresa aquello que no puede decirse con palabras y que no puede permanecer en silencio. Julio Cortázar decía: «El jazz tuvo gran influencia en mí, el fluir de la invención permanente me pareció una lección para la escritura, para darle libertad y no repetir partituras». Y, finalmente, Platón estaba convencido de que «la música le da alma al universo, alas a la mente, vuelo a la imaginación y vida a todas las cosas». Hablando sobre este asunto con Ofelia Grande, nos preguntamos qué sucedería si uniéramos estas dos artes, la más efímera y la más perdurable, en una antología. De allí surgió la idea del libro que ahora usted, lector, tiene en sus manos, una celebración de esta historia de amor entre la música y la letra.

ERNESTO MALLO

Músicas negras

MARÇAL AQUINO

Batuque

Marçal Aquino nació en 1958. Es escritor, periodista y guionista de cine y televisión. Entre otras obras, publicó la novelas *El invasor*, *Tu cabeza tiene precio* y *Yo recibiría las peores noticias de tus lindos labios*, todas adaptadas al cine. Vive en São Paulo.

Cartola, *O sol nascerá*.

Para Daniela, enredo de mi samba

1 La Madriguera

La Madriguera del Samba ocupaba un galpón sin ventanas donde, en el pasado, cuando aún quedaba gente que apostaba por que el barrio escaparía a su vocación de suburbio pobre y violento, funcionaba una reventa de tractores. El negocio quebró y, tiempo después, pasó a albergar una «roda de música» que cada fin de semana reunía a la flor y nata del malandraxe local. Una barra improvisada vendía *cachaça* y cerveza —y, con los contactos apropiados, se podía conseguir un poco de *maconha*, una hierba extraordinaria que más daba dolor de cabeza que colocón—.

Lleno total las noches de viernes a domingo. Los sambistas venían de lugares distantes de la ciudad para mostrar sus composiciones. Predominaba el público masculino, negro, pero también había pardos, mulatos, descoloridos. Un blanco siempre llamaba la atención en ese lugar. Con frecuencia se veían armas en ese ambiente.

Por la madrugada acababa siendo una alternativa de ocio considerable cuando la gran diversión consistía en intentar adivinar por qué calle entraría por la mañana el

rabián del Instituto Médico Legal, a fin de recoger los jamones resultantes de las contiendas nocturnas.

Un lugar sin atributos. Nadie elegía vivir allí. Daba la impresión de que, si pudiesen, hasta los árboles de la calle, pocos y enfermizos, se mudarían a otro barrio.

Moacyr apareció por la zona a regañadientes, en un momento en que estaba perdiendo la mayoría de las batallas con la vida. Perdiendo por puntos, hay que decirlo, porque él siempre luchaba hasta el fin, sin dejarse vencer. Tenía fe absoluta en que de una hora a otra las cosas cambiarían. No era una creencia fundada en la religión ni nada parecido. Simplemente creía que las fases buenas y malas se alternaban, tocándole al individuo estar atento para aprovechar la marea favorable y tener la paciencia de no desanimarse en la etapa de los reveses.

Era consciente de estar atravesando un periodo de baja. De lo contrario no habría venido a vivir de alquiler con una madre vieja y enferma, en sus años finales, en una casa de fondos en una calle estrecha y sin calzadas. El dueño del inmueble hizo planes para un sótano, pero la falta de dinero limitó la construcción a la planta baja.

Moacyr tomó el «cuarto de la doméstica», como si alguien en aquel barrio pudiese darse el lujo de tener una. En esa habitación había una escalera que conducía a una trampa que daba acceso a la losa sobre la casa, un excelente puesto de observación de la vida en la comunidad que la madre usaba para colgar la ropa en un tendedero improvisado.

En noches calurosas, Moacyr se acostaba en el cemento, vistiendo solo bermudas, en compañía de una guitarra, y se dedicaba a sus creaciones más recientes —era compositor de sambas—. Instantes de devaneo, puro sueño, en que se veía artista consagrado, dejando atrás la

vida precaria que llevaba. No se puede decir que se inspiraba en las estrellas porque la contaminación en aquella parte de la ciudad no dejaba ver el cielo.

Algunas veces Moacyr tenía público: Carbón, un gato callejero enteramente negro que pertenecía, por así decirlo, a todos los habitantes de la calle. En su vagar por los tejados contiguos, el animal saltaba a la losa y se sentaba a corta distancia sobre sus patas traseras. Parecía apreciar la música, pues permanecía inmóvil por un buen tiempo, hipnotizado por los sonidos que el sambista extraía de las cuerdas de la guitarra.

Mientras no surgiera algo mejor, Moacyr se ganaba la vida como vigilante nocturno del cementerio que había en la zona, una ocupación de la que no se sentía orgulloso y que estaba durando más de lo debido. Si alguien le preguntaba, decía que trabajaba en el ramo de la seguridad, sin dar mayores detalles.

El fin de semana, con viento favorable, llegaban a la losa hilachas del batuque de La Madriguera, las risas, los gritos y los silbidos. El batuque y, sobre todo, las risas dejaban a Moacyr con ganas de conocer el lugar.

Hasta que, una noche calurosa de sábado, luego de que la madre tomó sus medicinas y se recogió en su habitación, se vistió con la camisa y el pantalón que estaban en mejor estado, se calzó sus mocasines blancos y salió de la casa con la intención de descubrir por qué La Madriguera del Samba atraía a tanta gente.

Pasó una vez frente al galpón lanzando de soslayo una mirada tímida en dirección a los hombres y mujeres que se amontonaban en la entrada, todos vestidos con esmero, como si estuviesen en una fiesta. Se detuvo en la esquina, encendió un cigarro, le dio indicaciones a un taxista extraviado en la compleja red de callejones que componían

el barrio, donde Su Excelencia, el actual prefecto, no obtuvo un mísero voto en las elecciones recientes. Dos negras montadas sobre tacones altísimos, enhebradas sabe Dios cómo en vestidos cortos y muy ajustados, bajaron la calle hacia La Madriguera. Miraron francamente a Moacyr. Después, se burlaron y se rieron. Se alejaron del éter.

Decir que Moacyr carecía de atractivos físicos sería faltar a la verdad. No era de una belleza evidente, es cierto, pero estaba a miles de millas de ser feo. Su pronunciado rostro estaba opacado la mayor parte del tiempo por una expresión seria, cosas de gente que no sonrío con frecuencia, ni tiene motivo para hacerlo.

Se parecía a su madre, tenían el mismo tono retinto de piel. Del padre ninguna huella, ninguna noticia, ya que nunca supo su identidad. La madre no aceptaba tocar el tema. Moacyr esperaba que con la proximidad del fin la hiciese cambiar de idea, como acontece en algunas películas y libros malos. Hasta ese momento ella mantenía un silencio obstinado y se ponía de mal humor si el hijo insistía. Era una mujer de opiniones severas y endurecida por las circunstancias de su vida.

Tiró el cigarro y desanduvo la calle y, esta vez, al aproximarse al galpón, tomó coraje, respiró hondo y entró directo al improvisado bar. Eso lo obligó a apretarse en medio de los hombres y las mujeres que agitaban billetes tratando de atraer la atención del camarero para hacerle sus pedidos.

Olores diversos flotaban en el aire sofocado con gran ventaja para los perfumes y el sudor, igualmente baratos. Moacyr aguardó, tuvo paciencia. Y fue recompensado: consiguió una cerveza no muy helada y un lugar junto a una de las columnas que sostenían el galpón, cerca de un ventilador, desde donde podía ver el escenario.

En aquel momento se presentó un negro gordo, acompañado por un trío de mujeres percusionistas. Cantaba bien, en opinión de Moacyr, un samba de antiguo linaje que hablaba de un incendio en una favela que había destruido todos los recuerdos de la mujer amada. Usaba una camisa abierta en el pecho para exhibir las enormes cadenas de oro que llevaba colgadas del pescuezo y también lo mucho que transpiraba.

Moacyr se bebió la cerveza de un trago y observó al público que danzaba de modo frenético en las proximidades del escenario. Una gran euforia poseía a todos. Parecían forofos del fútbol.

Ahí fue que reparó en la mujer.

Apoyada de lado en la barra, bebía algo de una copa de plástico usando un sorbete. Tal vez fuera la más modesta vestida entre las mujeres del lugar, un vestido simple, estampado, que sin embargo irradiaba más elegancia que cualquiera de las otras. Hasta en los gestos más banales, como cuando se llevaba el sorbete a los labios, sin quitar la vista del escenario. Moacyr quedó magnetizado.

Hubo un momento en que, sintiéndose observada, la mujer le dedicó un segundo y medio de su atención. Lo miró con la altivez de una reina.

A Moacyr le llevó un tiempo absorber el impacto. Por eso, cuando levantó la cerveza en brindis, ella ya había vuelto a interesarse por lo que sucedía en el escenario —el gordo de las cadenas doradas terminaba su número, con gritos, aplausos y hasta algunos hurras—.

Aquella noche se estaba desarrollando un concurso de sambas en La Madriguera. Moacyr no estaba equivocado al asociar la euforia del público con la de los forofos del fútbol. De hecho, había una hinchada en el

local que enloqueció cuando el sujeto que hacía las veces de presentador anunció que el samba presentado por el gordo de las cadenas estaba clasificado para la gran final.

Moacyr continuaba atento a la mujer, y solo a ella. Por eso no comprendió de inmediato lo que estaba sucediendo: en medio del batifondo, terminó su bebida, puso la copa sobre la barra y luego caminó por el espacio que la gente iba abriendo a su paso, con una gracia que hacía mucho tiempo que Moacyr no veía en las cosas en movimiento de este mundo. Venía directamente en su dirección, con un principio de sonrisa que le daba a su rostro un aire infantil. Él sintió su corazón acelerarse. A dos pasos de él, la mujer giró a la derecha y entró en el corredor que llevaba al escenario, donde fue llamada por el presentador. El hombre le entregó el micrófono y se unió al grupo que celebraba al sambista gordo.

La mujer aguardó a que cesase la algarabía. Cuando entendió que eso no sucedería pronto, les hizo una señal a los músicos que la acompañaban, fue hasta el frente del escenario y comenzó a cantar.

Para Moacyr fue como presenciar un pequeño milagro: enseguida, en el sofocante galpón la voz de la mujer se impuso por la belleza y fuerza de su timbre. Los ruidos fueron disminuyendo y las otras voces aquietándose. No se demoró hasta que todos estuvieron mirando el escenario, en un silencio que tenía algo de reverencial, un silencio de súbditos.

2 La ciudad fantasma

El servicio no presentaba ningún tipo de dificultad. Solo exigía que el sujeto tuviese disposición y buenas piernas,